



EL Rescatista  
DE ALMAS

POR LUCIO WASSER

El teléfono no paraba de sonar, estaban los tres mirándolo fijamente. Mabel tenía los ojos llenos de lágrimas. Ni ella ni Roberto tenían la intención de atenderlo. Lo levantó Bernardo. Apenas se escuchaba lo que se decía del otro lado, pero la cara de él, desconcertante y ya mojada por las alarmantes lágrimas de alegría, lo decía todo. La conversación duró menos de un minuto, y al terminar, Bernardo ni siquiera se dio el lujo de cortar la llamada, sólo dejó el teléfono colgado del enrollado cable que salía del mismo, y dijo: - "La liberaron".

Se hizo un silencio y los padres de Bernardo se abrazaron. Esas habían sido las palabras más felices del insufrible y sombrío año de 1977.

En ese momento no había tiempo para pensar ni para llorar, porque mientras ellos ordenaban las ideas en su cabeza, Antonia, de dieciséis años, estaba en la otra punta de la ciudad junto a un teléfono público esperando a ser rescatada. Y no estaba sola, la habían liberado con Diego, un joven de unos diecisiete años que estaba completamente perdido en la inmensa localidad de Buenos Aires, acompañado de "una desconocida" que había sido casi tan maltratada como él.

Bernardo agarró un abrigo y, casi espontáneamente, abrió la puerta de "Las Casitas" – como le decía Mabel al pequeño barrio cerrado ubicado en la calle Alvarado, frente al Polideportivo de Barracas –, y salió hasta la puerta a esperar a su hermana y a este chico (cuyas condiciones físicas eran desastrosas: lastimaduras, cicatrices y marcas de quemaduras; tras haber estado "preso" un mes en el llamado Club Atlético, debajo de la autopista, frente al Parque Lezama, y haber sido torturado al igual que Antonia), que volvían en un taxi.

Antonia pudo descifrar la ubicación del lugar en el que había estado secuestrada, a pesar de haber tenido una funda de tela que le cubría la cabeza durante el breve plazo de tiempo que estuvo retenida, porque eso había agudizado sus sentidos: los olores, las voces, los ruidos... todo eso le permitió realizar una imagen mental del lugar en el que había estado sufriendo.

El secuestro de la hermana de Bernardo había tenido lugar tres días antes, a eso de las doce de la noche – porque, sí, los militares parecían animales nocturnos, sólo cazaban a la luz de la luna -. En el momento en el que entró el comando paramilitar a su casa, lo primero que hicieron fue vendar a Bernardo y a su padre y los interrogaron. Después, los encapuchados se hicieron con la parte superior de la casa, en la que estaba Mabel, Antonia y su abuela. Intervino Roberto y comenzaron a hacer un interrogatorio un tanto agresivo. El padre de Bernardo resulta herido. Y así estuvieron una hora, haciendo preguntas, violentándose.

En un principio Bernardo pensó que lo iban a buscar a él, porque estaba con un trabajo social en la villa y estudiaba filosofía y letras. Cuando estaban terminando de atarlo, los militares ingresan junto con él y con linternas a su habitación, en la que afortunadamente no funcionaba la única lamparita que colgaba del techo.

El destino quiso ayudarlo, porque tenía, váyase a saber, qué cantidad de material político guardado, que, por suerte, no encontraron. Pero lo que sí descubrieron, fueron tres libros de Neruda (un poeta chileno que participó en el partido comunista, tenía ideas de izquierda y había apoyado al presidente Allende) que colocaron sobre un escritorio. Una señal que Bernardo no entendió.

Después de estos acontecimientos y una hora de interrogatorio, los militares se fueron. Apenas cruzaron la puerta de salida, Bernardo subió con su padre a la parte superior de la casa y se encontró, tras haber estado vendado, atado y sin contacto con la parte de su familia que estaba escaleras arriba, con que su hermana había desaparecido, había sido secuestrada. Esto, claramente, fue un suceso que los dejó en un estado de desesperación muy fuerte: saber que habían secuestrado a su hermana y no poder hacer absolutamente nada al respecto.

Bernardo estuvo rompiéndose la cabeza, pensando en el por qué se habían llevado a su hermana, una ingenua política desde lo ideológico, de modo que no tenía ni la menor idea del motivo por el que había sido secuestrada. Y ahí fue cuando entendió la señal que le habían dado los militares, la conexión entre los libros de Neruda y Antonia: una carta. Una carta que ella le había mandado a uno de sus exnovios (que ahora estaba detenido), en la que citaba a Neruda. Eso fue suficiente como para que fueran a buscar a Antonia, la secuestraran, la tuvieran encadenada durante tres días y para que dejaran esa "señal", ese vínculo.

Como uno se sentía todo el tiempo perseguido, terminaba quemando sus propios libros. Y eso fue lo que hizo Bernardo, con mucho cuidado, sin que lo vieran – por el miedo y el terror de lo que te podían llegar a hacer si los encontraban – al día siguiente del secuestro de Antonia, junto con su padre y vecinos, para que desaparecieran esos escritos, que podían revelar sus personalidades. Y después de la mortificación de haber vivido el momento en que desaparecía su hermana, dejó también el trabajo en la villa.

Después de la llamada, Bernardo estuvo esperando unos treinta y cinco minutos, observando fijamente la puerta de la casa, hasta que su hermana llegó con el deteriorado muchacho. Cuando los vio se quedó inmóvil y tardó unos segundos en reaccionar, y después, llorando, se acercó a su hermana, que ayudaba a caminar al joven, y le dio el abrazo más fuerte que recibió nunca.

Bernardo, que estaba con un amigo (que también estudiaba filosofía y letras), esperó hasta la madrugada y acompañaron al joven hasta su casa en Quilmes, una localidad del sur de Buenos Aires, a unos cuarenta minutos en coche. Diego dormitó durante el viaje en auto y, entre tanto y tanto, le daba indicaciones del camino a Bernardo.

Cuando llegaron tuvieron que dejar el coche a unas tres cuadras del hogar del muchacho, porque las calles de tierra, ahora se habían tornado en barro y no podían ingresar con el transporte. Fueron a pie hasta la casa del joven, que estaba ubicada en un barrio muy humilde, ayudándolo, porque apenas podía caminar.

Al llegar a la casa, los vecinos y la familia de Diego, pensaron que nunca más lo volverían a ver. Así que cuando percibieron que Bernardo y su amigo se acercaban hasta la vivienda con él, los fueron a recibir con abrazos y agradecimientos, como si ellos fueran "rescatistas de almas".

FIN

*Basado en hechos reales. Los nombres de los personajes fueron reemplazados. Este cuento fue escrito como forma de hacer justicia por los eventos sucedidos durante la última dictadura militar argentina.*